

desde la mañana á la noche os ponéis al servicio del «yo», que vivís con el constante terror del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, recibid la buena nueva de que vuestro cruel amo no existe.

14. El «yo» es un error, una ilusión, un sueño. Abrid los ojos y despertad. Ved las cosas tales como son y reconfortaos.

15. El que se despierta no teme ya á las pesadillas. Aquel que ha reconocido la naturaleza de la cuerda que le pareció una serpiente, cesa de temblar.

16. Y aquel que ha reconocido que no existe el «yo», se desembara de todas las pasiones y los deseos del egoísmo.

17. El apego á las cosas, el anhelo y la sensualidad, herencias de existencias anteriores, son las causas de la miseria y de la vanidad en el mundo.

18. Repudiad la disposición ávida de vuestro egoísmo, y alcanzaréis ese estado del espíritu tranquilo y sin pecado que proporciona la paz perfecta, la bondad y la sabiduría.

19. Así como una madre hasta arriesga la propia vida protegiendo á su hijo, su hijo único, así el que ha reconocido la verdad consagra un amor sin límites á todos los seres.

20. Cultivar un amor sin medida, ilimitado, sin mezcla de idea alguna de distinciones, de preferencias á la vista del mundo entero, arriba, abajo, en todos sentidos (1).

(1) Fuentes: *Sutta Nipata*, 148. *Metta Sutra*.

21. Permanezca firme el hombre en ese estado de espíritu cuando despierte, cuando esté de pie, cuando dude, cuando se siente, cuando se acueste.

22. Ese estado de espíritu es el preferible al mundo. ¡Es el Nirvana!

23. No hacer el mal, llevar una vida virtuosa y purificar el corazón; tal es la religión de todos los Buddhas.» (1).

24. Cuando el Iluminado concluyó su sermón, el rey de Magadha dijo al Bienaventurado:

25. «Señor, en otro tiempo, cuando era príncipe, hice cinco propósitos. Deseé, sí, ser rey, y ese primer propósito se ha realizado. En seguida deseé: que el Santo Buddha, el Perfecto, apareciera sobre la tierra durante mi reinado, y que venga á mi reino. Ese segundo propósito se ha cumplido también. Luego deseé: que pueda rendirme mis homenajes. Y ese tercer propósito se ha realizado ahora. Mi cuarto propósito fué: que pueda el Bhagavat predicarme la doctrina. Y ahora se ha cumplido. Pero el mayor de mis propósitos ha sido el quinto: ¿podré comprender la doctrina del Bendito. Y este anhelo se ha realizado también.

26. ¡Gloriosísimo Señor! Gloriosísima es la verdad predicada por el Tathagata. Nuestro Señor el Buddha pone en su punto lo que se ha trastocado, revela lo que ha estado oculto, enseña el camino al vagabundo que se ha extraviado; enciende una lámpara en las tinieblas, de suerte que todos los que tienen ojos pueden distinguir las cosas que les rodean.

(1) *Buddhism*. T. W. Rhys Davids. 62.

27. ¡Yo me refugio en el Buddha! ¡Yo me refugio en el Dharma! ¡Yo me refugio en el Sangha!»

38. Por el ejercicio de su virtud y por su sabiduría, el Tathagata mostró su poder espiritual ilimitado. Subyugó y acordó todos los espíritus. Hizo ver y recibir la verdad, y esparció por todo el reino las semillas de la virtud (1).

XXII.—LA OFRENDA DEL REY (2).

1. Habiéndose refugiado el rey en el Buddha, invitó al Tathagata á comer en su palacio, diciéndole: «¿Desdeñará el Bienaventurado comer mañana conmigo y con la congregación de los bhikshus?»

2. Á la mañana siguiente, el rey Sainya Bimbisara fué á decir al Bendito que ya era la hora de la comida. «Sois mi solicitado ¡oh Señor del mundo! Venid; la comida está preparada.»

3. Y el Bhagavat, vistiéndose, tomó su cuenco de limosna, y entró con un gran número de bhikshus en la ciudad de Radjagriha.

4. Sakra, el rey de los dioses, bajo el aspecto de un brahman joven, iba delante de él cantando estos versos:

5. «El que enseña á dominarse con los que han aprendido á dominarse; el Redentor con los que ha rescatado; el Bienaventurado con los que ha dado la paz, ha entrado en Radjagriha. ¡Salud al Buddha nuestro Señor! ¡Loor á su nombre, y bendición para todos los que se han refugiado en él!»

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*, 1733.

(2) Idem 1380-1381.

6. Cuando el Bhagavat concluyó su comida, y lavó su cuenco y sus manos, el rey se sentó cerca de él, y pensó:

7. «¿Dónde encontraré una residencia para el Bienaventurado, ni muy lejos, ni muy cerca de la ciudad, á la que se pueda ir cómodamente, de un fácil acceso para los que quieran verle; un lugar ni muy frecuentado de día, ni muy ruidoso de noche, sano y apropiado para una vida retirada?»

8. Ahí está mi jardín de recreo, el bosque de bambús de Venuvana, que llena todas esas condiciones. Le ofreceré á la congregación de bhikshus que preside el Buddha.»

9. Y el rey consagró su jardín de recreo á la congregación, y dijo: «Que el Bienaventurado se digne aceptar este presente!»

10. Y después que el Bhagavat, silenciosamente, manifestó su aquiescencia, y animó y edificó con un discurso al rey de Magadha, se levantó de su sitio, y se retiró.

XXIII.—SARIPUTRA Y MAUDGALYAYANA (1).

1. En este tiempo, Sariputra y Maudgalyayana, brahmanes, y jefes de los adeptos de Sanjaya, abrazaron una vida religiosa. Los dos se dijeron mutuamente: «El primero de nosotros que alcance el Nirvana, se lo dirá al otro.»

2. Y habiendo distinguido Sariputra al venerable Asvajit, que mendigaba con los ojos bajos y maneras dignas, se dijo: «En verdad, este srama-

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*; 1382-1431; *Mahavagga*, I, 22, pár. 15-18.

na ha entrado en el buen camino; voy á preguntárselo: «¿En nombre de quién, amigo mío, os habéis retirado del mundo? ¿Cuál es vuestra doctrina? ¿Quién vuestro maestro?»

3. Y Asvajit respondió: «Yo soy un discípulo del gran Sakyamuní. Él es el Buddha, el Bienaventurado, y es en su nombre en el que me he retirado del mundo. El Bhagavat es mi maestro, y yo profeso su doctrina.»

4. Y Sariputra, viendo luego á Maudgalyayana, le refirió su encuentro, y ambos dijeron: «Iremos á buscar al Bhagavat, para que el Bhagavat sea nuestro maestro.» Y con todos sus discípulos fueron á ver al Tathagata, y se refugiaron en el Buddha.

5. Y el Santo dijo: «Sariputra se parece al heredero de un monarca dueño del mundo, que en su calidad de primer discípulo ayuda al rey á hacer girar la rueda de la ley (1).

XXIV.—DESCONTENTO DEL PUEBLO (2).

1. Pero el pueblo estaba descontento, viendo que muchos jóvenes distinguidos del reino de Magadha abrazaban la vida religiosa bajo la dirección del Bienaventurado; y las gentes, presas de cólera, murmuraron: «Gotama Sakyamuní, haciendo abandonar sus mujeres á los maridos, es causa de la extinción de las familias.»

2. Y cuando veían á los bhikshus les insulta-

(1) Fuente: *Mahavagga*, I, 23, párrafo 13-14. Compárese MAT. XXI 9; MAR. XI, 9 y JUAN XII, 13.

(2) Fuente: Idem I-23, pár. 5-7.

ban, diciéndoles: «El gran Sakyamuní ha venido á Radjagriha, y subyuga los espíritus de los hombres. ¿A quién le toca dejarse guiar por él?»

3. Los bhikshus refirieron el caso al Bienaventurado, y el Bhagavat respondió: «Esa murmuración, ¡oh bhikshus!, no durará mucho tiempo. Durará siete días. Si os insultan respondedles con estas palabras:

4. «Es predicando la verdad como los Tathagatas conducen á los hombres. ¿Quién se atreve á murmurar contra los sabios? ¿Quién osa blasfemar de los virtuosos? Ser dueño de sí, justo y puro y de corazón, he ahí lo que ordena nuestro Maestro.»

XXV.—ANATHAPINDIKA (1)

1. En aquel tiempo Anathapindika, hombre inmensamente rico, fué á visitar Benarés. Como tenía un carácter caritativo se le llamaba «el sostén de los huérfanos y el amigo de los pobres».

2. Como hubiera oído decir que el Buddha había venido al mundo y que residía en el bosque de bambús, próximo á la ciudad, partió aquella misma noche para ver al Bienaventurado.

3. Y así que el Bienaventurado vió las perfectas cualidades que adornaban el corazón de Anathapindika, le acogió con palabras de religiosa animación. Se sentaron juntos y Anathapindika oyó la dulzura de la virtud predicada por el Bhagavat. Y el Buddha le dijo:

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*, 1432-1495.

4. «La instable y sin cesar agitada naturaleza del mundo, es la raíz del dolor. Alcanza esa paz del espíritu el que reposa en la paz de la inmortalidad. El «yo» no es más que un conjunto de compuestos, y su mundo está vacío como un sueño de la imaginación.

5. ¿Quién es el que da forma á nuestras existencias? ¿Es Isvara, que es un creador personal? Si Isvara fuera el creador, todas las cosas vivas deberían someterse sin murmurar al poder de su creador. Serían como los vasos modelados por la mano del alfarero; y si así fuera, ¿cómo podría practicarse la virtud? Si el mundo fuera la obra de Isvara, no habría nada semejante al sufrimiento, al dolor y al pecado, porque de él provendrían todos los actos puros é impuros. Y si no, habría otra causa además de él, y no sería aquel que existe por sí mismo. Así, pues, ya véis que la idea de un Isvara creador se destruye.

6. Se dice que lo Absoluto nos ha creado. Pero lo que es absoluto no puede ser causa. Todas las cosas que nos rodean provienen de una causa, de la misma manera que la planta procede de la semilla. ¿Pero cómo lo Absoluto puede ser á la vez la causa de todas las cosas? Si estuviera en ellas, ciertamente no las crearía.

7. Se dice también que el «yo» es el Creador. Pero si este «yo» es el creador, ¿por qué no ha hecho todas las cosas agradables? Las causas de la pena y de la alegría son reales y objetivas. ¿Cómo podrán ser obras del «yo»?

8. Todavía puede adoptarse este argumento: no hay creador; nuestro destino es lo que es, y no

hay causalidad alguna. ¿Qué necesidad hay entonces de que regléis vuestra vida y de que hagáis cálculos en vista de un fin?

9. Es por esto por lo que decimos que todas las cosas existentes no están desprovistas de causas. Estas no son ni un Isvara, ni lo Absoluto, ni el Yo, ni el Azar: son nuestros propios actos los que producen los resultados buenos y malos.

10. El mundo entero está sometido á la ley de causalidad, y las causas que obran no son extrañas al espíritu; como el oro de que se ha hecho la copa es siempre oro.

11. Reneguemos, pues; rechacemos las herejías de adorar y rogar á Isvara, no nos perdamos en vanas expeculaciones sobre sutilidades sin provecho, repudiamos el «yo» y todo egoísmo; y puesto que todas las cosas están determinadas por la causalidad, practiquemos el bien, á fin de que el bien resulte de nuestras obras.»

12. Y Anathapindika dijo: «Veo que sois el Buddha, el Bendito y el Santo, y quiero abrir mi corazón. Después de oirme, aconsejadme qué debe hacer.

13. Mi vida es trabajosa, y á consecuencia de mis riquezas estoy lleno de cuidados. Desempeño, sin embargo, con gusto mi trabajo y lo hago con la mayor actividad. Muchas gentes están á mi servicio y su porvenir depende del éxito de mis negocios.

14. Pero he oído á vuestros discípulos elogiar la dicha del eremita y proclamar la inestabilidad del mundo. El Santo, dicen, ha renunciado á su reino y á su herencia y ha descubierto el camino

de la justicia, dando así un ejemplo al mundo de lo que ha de hacerse para alcanzar el Nirvana.

15. Mi alma aspira á hacer el bien y á ser una bendición para todos los seres mis hermanos. Decidme, os lo suplico, ¿debo abandonar mi opulencia, mi casa, mis negocios y, como vos, vagar sin hogar, á fin de alcanzar la felicidad de una vida religiosa?»

16. El Buddha dijo: «La felicidad de la vida religiosa puede alcanzarse por cualquiera que vaya por el camino del noble óctuple sendero. El que se apegue á la riqueza hará bien renunciando á ella antes de permitir envenenar su corazón; pero el que no es apegado á la opulencia y siendo rico se sirve de sus riquezas con justicia, ese será una bendición para los seres sus hermanos.

17. En verdad te digo, sigue en tu condición de vida y aplicate activamente á tus negocios. No son ni la vida, ni la riqueza, ni el poder lo que hacen al hombre esclavo, sino su apego á la vida, á la riqueza y al poder.

18. El bhikshú que se retira del mundo con el objeto de llevar una vida de descanso, no alcanzará ningún provecho. Porque una vida de pereza es una abominación, y la falta de energía debe ser menospreciada.

19. La ley del Tathagata no exige al hombre errar sin hogar ó renunciar al mundo, á menos que no tenga vocación para ello; la ley del Tathagata lo que exige á todo hombre es que se liberte de la ilusión del «yo», que purifique su corazón; que renuncie á su sed de placeres y que lleve una vida recta.

20. Y que todo hombre en lo que haga, ya en el mundo como artesano, mercader, soldado, rey, ó ya retirado del mundo y consagrado á la vida religiosa, ponga todo su corazón en ello; que sea diligente y enérgico; que se parezca al loto, que creciendo en el agua, quede, sin embargo, sin tocar con ella; si lucha en la vida, sin abandonarse á la envidia ó al odio; si vive en el mundo, sin una existencia egoísta, pero con una vida de verdad; y entonces, seguramente, la paz y la felicidad elegirán su corazón por morada.

XXVI.—EL SERMÓN SOBRE LA CARIDAD (1).

1. Anathapindika gustó de las palabras del Bienaventurado, y dijo: «Yo resido en Sravasti, capital de Kosala, rica y pacífica comarca. Prazenajit es el rey de ese país, y su nombre es ilustre, tanto entre su pueblo como entre los vecinos. Ahora yo deseo fundar allí un vihara, que será un lugar de devoción religiosa para vuestra congregación, y os ruego tengáis la bondad de aceptarlo.»

2. El Buddha leyó en el corazón del sostén de los huérfanos, y viendo que una caridad exenta de egoísmo era la causa determinante de su ofrenda, el Bienaventurado aceptó el dón, diciendo:

3. «El hombre caritativo es amado de todos; su amistad es altamente apreciada; cuando muere, su corazón reposa lleno de alegría, porque no tiene remordimientos, recibe la flor exuberante de

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*. 1496-1521.

su recompensa y el fruto que madura por ella.

4. Esto es difícil de comprender. Al dar nuestro alimento á los demás, nosotros obtenemos más fuerza; distribuyendo entre ellos nuestros vestidos, adquirimos más belleza; fundando asilos de pureza y verdad, ganamos grandes tesoros (1).

5. Hay, además, para la caridad una ocasión y una manera propias; y como un guerrero vigoroso que va á la batalla, es el hombre capaz de dar, se parece á un guerrero hábil, á un adalid fuerte y sabio en la acción.

6. Amante y compasivo, da con respeto, y des tierra todo lo que es envidia, cólera y odio.

7. El hombre caritativo ha encontrado el camino de la salvación. Es como el que planta un árbol y se asegura también la sombra, las flores y los frutos para los años por venir. Tal es el resultado de la caridad; tal es el goce del que ayuda á los que tienen necesidad de socorro; tal es también el gran Nirvana.

8. Es por medio de continuos actos de bondad como alcanzamos el camino inmortal, y es por la compasión y por la caridad como perfeccionamos nuestra alma.»

9. Anathapindika invitó á Sariputra á que le acompañase cuando regresó á Kosala, para que le ayudase á escoger un sitio agradable para el vihara.

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*. 1516-1517. Compárese Hechos XX. 35.

XXVII.—EL PADRE DEL BUDDHA (1).

1. En el tiempo que el Buddha residía en Radjagriha, Suddhodana, su padre, le mandó á decir: «Deseo ver á mi hijo antes de morir. Los demás han recibido el beneficio de su doctrina, pero no su padre ni sus parientes.»

2. Y el mensajero le dijo: «¡Oh Tathagata, que el mundo adora! vuestro padre aguarda vuestra venida, como el lirio impaciente la salida del sol.»

3. El Bienaventurado accedió á la petición de su padre, y se puso en marcha hacia Kapilavastu. Bien pronto se extendió la noticia por el país natal del Buddha. «¡El príncipe Siddharta, que dejó su casa para adquirir la luz de la ciencia, vuelve después de haberla obtenido!»

4. Suddhodana salió ante el príncipe con sus parientes y sus ministros. Y cuando el rey vió desde lejos á Siddhartha, su hijo, quedó deslumbrado por su belleza y su dignidad y se regocijó en su corazón; pero no halló en su boca palabras que proferir.

5. Realmente aquel era su hijo, aquellos eran los rasgos de Siddhartha. Y aunque el gran sramana estaba cerca de su corazón, sin embargo, ¡qué distancia les separaba! Aquel noble muni ya no era Siddhartha, su hijo: era el Buddha, el Bienaventurado, el Santo, el Señor de la verdad, el Instructor del mundo.

6. Considerando la dignidad religiosa de su

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*, 1534-1610; *Manual of Buddhism*, 204.

hijo, el rey Suddhodana descendió del carro y fué el primero á saludarle, diciendo: «Hace ahora siete años que no os he visto. ¡Con qué impaciencia esperaba este momento!»

7. El Buddha se sentó frente á su padre, y el rey miraba ávidamente á su hijo. Hubiera querido llamarle por su nombre, pero no se atrevió. «Siddhartha, decía para sí en voz baja á su corazón; Siddhartha, ven cerca de tu anciano padre y sé nuevamente su hijo.» Pero viendo la firmeza de su hijo, contenía sus sentimientos y el dolor le abrumaba.

8. Y así el rey, sentado frente á su hijo, se regocijaba en su aflicción y se aflijía en su gozo. Podía envanecerse de su hijo, pero su orgullo se estrellaba ante la idea de que su ilustre hijo no sería su heredero.

9. «Quería ofrecerte mi reino, dijo el rey; pero si lo hiciera, no le harías más caso que á un puñado de ceniza.»

10. Y el Buddha dijo: «Sé que el corazón del rey rebosa de amor, y que á causa de su hijo siente una profunda tristeza. Pero que los amorosos lazos que os sujetan al hijo que habéis perdido, os sujeten con igual bondad á todos los seres; y en vez de ese hijo, recibiréis uno más grande que Siddhartha: recibiréis el Buddha, el Maestro de la verdad, el Predicador de la justicia, y la paz del Nirvana penetrará en vuestro corazón.»

11. Suddhodana tembló de alegría cuando oyó las melodiosas palabras de su hijo, y juntando sus manos exclamó, con las lágrimas en los ojos: «¡Maravilloso es el cambio! La abrumadora tris-

teza ha huído. Antes mi corazón aflijido estaba pesado; pero ahora recojo el fruto de vuestra gran renuncia. Bien está que movido por vuestra profunda simpatía hayáis rechazado las satisfacciones del poder real y cumplido vuestro noble propósito en la devoción religiosa. Habiendo encontrado el camino, podéis predicar ahora la ley de inmortalidad al mundo entero, que aspira á la liberación.»

12. Y el rey volvió á su palacio mientras que el Buddha se quedaba en el bosque ante la ciudad.

XXVIII. — YASODHARA (1).

1. A la mañana siguiente el Buddha tomó su cuenco y salió á mendigar su alimento.

2. Y la noticia se extendió: «El príncipe Siddhartha va de casa en casa pidiendo limosna en la ciudad donde antes acostumbró á pasear en carro seguido de su escolta. Su traje es del color de la tierra roja y en la mano lleva un cuenco de barro.»

3. Al oír este extraño rumor, el rey salió apresuradamente y exclamó: «¿Por qué me injuriáis así? ¿No sabéis que yo puedo fácilmente proveer á vuestro sustento y al de vuestros bhikshus?»

4. Y el Buddha respondió: «Es la costumbre de mi raza.»

5. Pero el rey replicó: «¿Cómo es eso? Vuestros antepasados fueron reyes y ninguno de ellos mendigó jamás el alimento.»

(1) Fuentes: *Manual of Buddhism*, 203. *B. B. Stories*, 125-126.

6. «¡Oh gran rey!, respondió el Buddha; vos y vuestra raza podéis reclamar un origen real; yo desciendo de los Buddhas de las antiguas edades. Mendigaban su alimento y vivían de limosnas.»

7. El rey no replicó nada, y el Bienaventurado continuó: «Es costumbre, ¡oh rey!, que el que encuentra un tesoro oculto ofrezca á su padre la joya más valiosa. Permitidme, pues, que abra mi tesoro, que es la ley, y aceptadme esta gema.»

8. Y el Bhagavat recitó los gathas siguientes:

«Salid del sueño, no tardéis.

Escuchad la ley,

Practicad la justicia, y he aquí

Que la eterna felicidad os pertenecerá.»

9. Entonces el rey llevó al príncipe á palacio, y los ministros, así como todos los individuos de la familia real, le saludaron con gran respeto; pero Yasodhara, la madre de Rahula, no se dejó ver. El rey envió á buscarla, pero ella respondió: «Si merezco alguna mirada, seguramente Siddhartha vendrá á verme.»

10. Y el Bienaventurado, después de saludar á todos sus parientes y amigos, preguntó: «¿Dónde está Yasodhara?» Y cuando se le dijo que rehusaba venir, se levantó en seguida, y fué á su cuarto.

11. «Me he libertado», dijo el Bienaventurado á sus discípulos Sariputra y Maudgalyayana, á quienes rogó le siguiesen, «pero la princesa no lo está todavía. No habiéndome visto desde hace tanto tiempo, está desolada. Su corazón se romperá, si no se la deja dar rienda suelta al dolor. Pondrá la mano sobre el Tathagata, el Santo, no se lo impediréis.»

12. Yasodhara estaba sentada en su cuarto, vestida con vestidos sencillos y los cabellos cortados. Cuando el príncipe Siddhartha entró, por el exceso de su amor, como un vaso que se desborda, no pudo contenerse ella.

13. Olvidando que el hombre que amaba era el Buddha, el Señor del mundo, el Predicador de la verdad, se abrazó á sus pies, y lloró amargamente.

14. Dándose cuenta de la presencia de Suddhodana, sintió vergüenza, y, levantándose, se sentó á corta distancia.

15. El rey excusó á la princesa, diciendo: «Eso proviene de su profundo amor, y no es más que una emoción pasajera. Desde hace siete años que ha perdido á su esposo, cuando oyó que Siddhartha se había tonsurado la cabeza, ella hizo otro tanto; cuando supo que él había renunciado al uso de los perfumes y ornamentos, rehusó servirse de ellos. Como su esposo, ha querido comer sólo á horas fijas y en una vasija de barro. Como él, ha renunciado á los asientos elevados, magníficamente cubiertos; y cuando otros príncipes la han pedido en matrimonio, ha respondido que le pertenecía siempre. Hay que perdonarle por eso.»

16. Y el Bhagavat habló dulcemente á Yasodhara, diciéndole los grandes méritos que ella había heredado de las existencias anteriores. «En verdad, en sus vidas pasadas ella le había sido de gran auxilio. Su pureza, su dulzura, su devoción habían sido preciosas al Bodhisatva, cuando él aspiraba al más elevado fin que tiene la Humanidad: adquirir la iluminación de la ciencia. Y tal fué su

santidad, que deseó ser la esposa de un Buddha. Éste es, pues, su *karma*, y el resultado de sus grandes méritos. Su dolor ha sido indecible; pero la conciencia de la gloria que rodea su herencia espiritual, aumentada por su noble actitud durante esta vida, será un bálsamo que transformará milagrosamente todas sus tristuras en una alegría celeste.»

XXIX.—RAHULA (1).

1. Muchas gentes de Kapilavatu creyeron en el Tathagata y se acogieron á su doctrina; y entre los jóvenes que se adhirieron al Sangha fueron Ananda, hijo de Prajapati, primo de Siddhartha, Devadata, primo y cuñado suyo, el barbero Upali y el filósofo Anuruddha.

2. Ananda era un hombre, según el corazón del Bienaventurado, de comprensión profunda y dulce de espíritu; fué su discípulo predilecto. Y Ananda estuvo siempre al lado del Santo Maestro de Verdad, hasta que la muerte les separó.

3. A los siete días de la llegada á Kapilavastu, Yasodhara vistió á Rahula, entonces de siete años, con toda la magnificencia que corresponde á un príncipe, y le dijo:

4. «Ese santo hombre, de aspecto tan glorioso, que se parece al gran Arahusa, es tu padre. Tiene cuatro grandes minas de tesoros que yo no he visto aún; ve hacia él, y suplicale que las ponga á tu disposición, porque el hijo debe heredar la fortuna del padre.»

(1) Fuente: *Mahavagga* I, 54, *Manual of Buddhism*, 208-209.

5. Rahula respondió: «Yo no conozco otro padre que el rey. ¿Quién es mi padre?»

6. La princesa tomó al niño en sus brazos, y asomándole á la ventana, le enseñó al Buddha, que precisamente estaba comiendo cerca del palacio.

7. Rahula fué hacia el Buddha, y mirándole á la cara sin temor, le dijo tiernamente: «¡Padre mío!»

8. Y poniéndose luego á su lado de pie, añadió: «¡Oh sramana! hasta vuestro nombre es un sitio de felicidad.»

9. Cuando el Tathagata acabó su comida, dió su bendición, y se alejó del palacio; pero Rahula le siguió, y pidió á su padre su herencia.

10. Nadie, ni el Bhagavat mismo, apartó al niño.

11. Entonces el Bienaventurado se volvió hacia Sariputra, diciendo: «Mi hijo reclama mi herencia. Yo no puedo darle tesoros perecederos, que produzcan cuidados y tristezas; pero puedo darle la herencia de una vida santa, tesoro que no perecerá nunca.»

12. Y dirigiéndose seriamente á Rahula, el Bienaventurado dijo: «Yo no poseo ni oro, ni plata, ni piedras preciosas. Pero si quieres recibir los tesoros espirituales, si eres bastante fuerte para llevarlos y conservarlos, te daré las cuatro Verdades que te enseñarán los ocho caminos de la verdad. ¿Deseas tú ser admitido en la Congregación de los que consagran su vida á la cultura del espíritu y á la indagación de la más grande felicidad que puede alcanzarse?»

13. Y Rahula respondió con firmeza: «Si quiero.»

14. Cuando el rey supo que Rahula había entrado en la Congregación de los bhikshus, se afligió. Había perdido á Siddhartha y á Ananda sus hijos, y á Devadata su sobrino. Ahora se le llevaban á su nieto, y fué hacia el Bhagavat y le habló. Y el Bhagavat prometió que en adelante no ordenaría ningún menor sin el consentimiento de sus padres ó tutores.

XXX.—JETAVANA (1)

1. Anathapindika, el amigo de los desgraciados y el sostén de los huérfanos, cuando volvió á su casa vió el jardín del presunto heredero, Jeta, con sus bosquecillos verdes y sus lípidos arroyuelos, y pensó: «He ahí el sitio más conveniente para un vihara destinado á la Congregación del Bhagavat.» Y fué á buscar al príncipe y le suplicó le vendiese el terreno.

2. El príncipe no estaba dispuesto á vender aquel jardín que estimaba muchísimo. Rehusó, desde luego; pero después le dijo: «Si podéis cubrir ese terreno de oro, entonces sí; pero á ese precio solamente.»

3. Lleno de alegría, Anathapindika comenzó á extender su oro; pero Jeta le dijo: «Evitáos ese trabajo, porque no quiero venderlo.» Pero Anathapindika insistió, de suerte que discutieron, y querrellados acudieron finalmente al magistrado.

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-hing*, 1522-153; 1611-1671.

4. Entre tanto el pueblo comenzó á murmurar del proceder inusitado, y el príncipe, habiendo sabido algunos detalles y sabiendo, además, que Anathapindika, no solamente era un hombre rico, sino recto y sincero, se informó de sus propósitos. Al oír el nombre del Buddha, el príncipe quiso á toda costa tener su parte en la fundación y no aceptó sino la mitad de la suma, diciendo: «La tierra es vuestra, pero los árboles son míos. Yo daré los árboles como mi parte de ofrenda al Buddha.»

5. Entonces Anathapindika tomó la tierra y Jeta los árboles, y se lo dieron todo en custodia á Sariputra.

6. Hechos los cimientos, comenzaron á construir el edificio, que se elevó hermosamente en sus proporciones, según las instrucciones dadas por el Buddha, y se le decoró magníficamente con esculturas apropiadas.

7. Este vihara se llamó Jetavana, y el amigo de los huérfanos invitó al Señor á ir á Sravasti y á posesionarse del don. Y el Bienaventurado, dejando Kapilavastu, fué á Sravasti.

8. Cuando el Bhagavat entraba en Sravasti, Anathapindika extendió flores y quemó incienso, y en señal de regalo vertió el agua de una jarra de oro, en forma de dragón, diciendo: «Este vihara de Jetavana yo le regalo á la Congregación para que le sirva mientras dure el mundo.»

9. El Bienaventurado aceptó el don y respondió: «Que todas las influencias malévolas sean vencidas; que esta ofrenda establezca el reino de la verdad y sea una bendición perpetua para la

humanidad, en general, y para el donante, en particular.»

10. Entonces el rey Prasenajit, al saber que el Señor había llegado, fué con su pompa real al vihara de Jetavana, y con las manos juntas saludó al Bienaventurado, diciendo:

11. «Feliz mi humilde é indigno reino por haber obtenido tan señalado favor. Porque ¿qué calamidades y qué peligros pueden amenazarle en presencia del Señor del mundo, del Rey de la ley, del Rey de la verdad?»

12. Ahora que he contemplado vuestros rasgos sagrados, podré tomar mi parte de las saludables aguas de vuestra enseñanza.

13. Las ventajas mundanas son pasajeras y perecibles; pero los beneficios religiosos son eternos é inagotables. El hombre del mundo, aunque sea rey, está lleno de cuidados, y el hombre vulgar posee, en cambio, si es santo, la paz del espíritu.»

14. Conociendo la tendencia del corazón del rey, esclavo de la avaricia y del amor al placer, el Buddha aprovechó la ocasión y dijo:

15. «Hasta aquellos que, por sus males, el karma ha hecho nacer en una condición vulgar, si ven un hombre virtuoso experimentan respeto hacia él. Con mayor razón qué respeto debe experimentar un rey dueño de su persona que ha adquirido grandes méritos en sus existencias precedentes, cuando encuentra un Buddha.

16. Y ahora que expongo brevemente la ley, que el Gran Rey escuche y pese mis palabras y retenga bien lo que voy á decir:

17. «Nuestras buenas ó malas acciones nos siguen constantemente como nuestra sombra.

18. Lo que es más necesario, es un corazón amante.

19. Considerad vuestro pueblo como un hijo único. No le oprimáis, no le destruyáis; mantened en voluntaria dependencia cada miembro de vuestro cuerpo, huid de las doctrinas injustas y seguid el camino recto. No os elevéis rebajando á los demás, y aliviad y socorred á los que sufren.

20. No déis demasiado valor á la dignidad real, ni prestéis oídos á las dulces palabras de los aduladores.

21. No hay ningún provecho en torturarse con austeridades, sino más bien en meditar sobre el Buddha y en pesar su ley de verdad.

22. Estamos encerrados por todas partes entre los muros del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, y no es sino meditando y practicando la verdadera ley como podemos salir de esta montaña de sufrimientos.

23. ¿Qué provecho hay en practicar la iniquidad?

24. Todos los sabios huyeron de los placeres corporales. Detestaron la lujuria y trataron de desarrollar su existencia espiritual.

25. Cuando un árbol arde en llamas, ¿cómo irán á reunirse en él las aves? La verdad no puede residir donde está la pasión. Si no sabe eso el hombre instruído, aunque sea honrado como sabio, no es sino un ignorante.

26. La verdadera sabiduría alborea para el que sabe esta ciencia. Adquirir esa sabiduría es

el único objeto que debe perseguirse. Descuidarla es la quiebra de la vida.

27. Las doctrinas de todas las escuelas deben concentrarse en ella, porque sin ella no hay razas.

28. Esta verdad no se ha hecho para el eremita únicamente; concierne á todos los seres humanos, al sacerdote y al laico por igual. No hay distinción entre el monje que ha pronunciado los votos y el hombre que vive en el seno de su familia. Hay eremitas que caen en la perdición, y humildes padres de familia que se elevan al rango de richis.

29. El mareo de la lujuria es un peligro igual para todos; ella domina el mundo. Aquel que cae en sus remolinos no encuentra la salvación. Pero la sabiduría es la lancha de salvamento, cuyo gobernalle es la reflexión. El somatén de la religión nos llama á socorrer á nuestra alma, expuesta á los asaltos de Mara, el enemigo.

30. Puesto que es imposible escapar á las consecuencias de nuestras acciones, practiquemos buenos actos.

31. Velemos sobre nuestros pensamientos, á fin de no hacer mal; porque como sembremos, recolectaremos.

32. Hay caminos que conducen de la luz á las tinieblas, y de las tinieblas á la luz. Hay caminos también que llevan de la oscuridad á tinieblas más profundas, y del alba á la luz más esplendorosa. El sabio utilizará la luz para conseguir más luz. Y avanzará constantemente hacia el conocimiento de la verdad.

33. Mostrad una verdadera superioridad por una conducta virtuosa y por el ejercicio de la ra-

zón, meditaad profundamente sobre la vanidad de las cosas terrestres y comprended la inconstancia de la vida.

34. Llevad vuestro espíritu y buscad una fe sincera con firme voluntad; no transgredid las reglas de una conducta real y fundad vuestra dicha, no en las cosas externas, sino en vuestro propio espíritu. Os haréis así un renombre para los siglos futuros y os habréis asegurado la protección del Tathagata.»

25. El rey escuchó con respeto y grabó en su corazón todas las palabras del Buddha.

